

SUMARIO

Las pistolas iluminadoras, por Manuel Burguete, Comandante de infantería.—*El carácter en el alto mando, tal como se le entiende en Francia*, por el Capitán Subrio Escápula.—*Los aeroplanos en la práctica de la guerra*, por J. F. H.—*El valor del arma blanca*.—*El enlace de las armas sobre el campo de batalla*, por A. Collou, comandante de la artillería belga.

BIBLIOTECA

Pliego 32, 33 y 34 de «Napoleón, jefe de ejército» (2.º tomo), por el Conde Yorck de Wartenburg.

Lamina 16 y Dedicatoria de Geografía Militar de Marruecos.

LAS PISTOLAS ILUMINADORAS

En uno de los últimos números del *Deutsches Armeebblatt*, leemos haber sido declaradas reglamentarias en Alemania, después del éxito feliz obtenido en las maniobras de 1910, y para uno de los cuerpos de infantería, las *Leuchpistoles*, pistolas iluminadoras.

De todos es sabido y confirmado por la experiencia la gran necesidad que hay de iluminar el campo de batalla, en los frecuentes combates de noche.

El proyector eléctrico desempeña esta misión á las grandes distancias y también, por consiguiente, á las cortas; pero es un aparato que por la esencia de su constitución y manejo, no puede abundar tanto como quizá las necesidades de todos momentos y lugares de un frente de combate, lo hacen indispensable.

Estas condiciones de exigencia, y quizá llenando el vacío que el proyector por su radio de acción tan extenso no puede detallar, viene la industria á suplirla, con el uso de unas pistolas sencillas de gran calibre, que disparando un proyectil hueco de envuelta inflamable y relleno de una substancia ó bengala de luz muy potente, durante el recorrido de su trayectoria bastante lento, por su poca densidad, ilumina no sólo su trayecto, sino el suelo al que se proyecta.

He aquí descrita á grandes rasgos lo que es una pistola iluminadora.

Como se ve, por su escaso volumen y fácil adaptación en todos los casos, es un aparato de mucha menos acción que los proyectores, pero también mucho más fácil de ser prodigado entre las tropas.

¡Principal y esencial ventaja de su empleo!

Veamos lo que dicen de ellas los alemanes: "El empleo de esta pistola hace sea iluminado el terreno próximo durante el combate de noche, y puedan ser por su iluminación, en un grado que no da el proyector, reconocidos todos los pliegues del terreno constituidos por grandes barrancadas y cortaduras, siempre que sea bien manejada con arreglo á las instrucciones.

"Dispara cartuchos cargados con pólvora negra y compuesta de dos clases de proyectiles, de luz blanca ó de luz roja.

"Los cartuchos con bala iluminadora de luz blanca son los que se emplean para iluminar el terreno enemigo al frente, y en una extensión de 200 metros y durante un tiempo de 8 á 10 segundos."

Al salir el proyectil del cañón de la pistola por contacto de una cantidad de pólvora que lleva el mismo y á la que inflama la carga de proyección, se enciende la bengala, y se quema lo que constituyen las paredes del cartucho, quedando ésta solamente unida al culote del mismo, que es de plomo, y que por consiguiente tarda ese tiempo en hacer el recorrido de los 200 metros expresados.

Si el tirador dispara rápida y sucesivamente varios disparos, ó con dos hombres bien ejercitados se simultanean éstos con rapidez, se puede obtener durante algunos minutos una iluminación prolongada y suficiente para que la infantería y ametralladoras puedan hacer una ó varias ráfagas.

Indican también las instrucciones alemanas que la pistola ha de ser bien empleada para surtir su efecto, pues disparando con un ángulo muy grande de proyección el resultado que se consigue es que quede iluminado nuestro campo. Por eso el disparo hay que hacerlo lo más paralelo posible al terreno.

La bala iluminadora con luz roja, la emplean los alemanes para señales de telegrafía óptica.

Todos sabemos el obstáculo tan insuperable que para poder batir nuestras tropas en la línea del Kert, á los moros que atacaban nuestras posiciones de noche, ha sido la obscuridad en que quedaban los barrancos y quebraduras, aprovechadas por ellos en su avance á cubierto de nuestra vista.

¡Qué facilidad más grande no hubiera tenido nuestra infantería para iluminar estas quebradas llenas de enemigos al haber dispuesto de estas pistolas iluminadoras!

Y por si llegó por fin la hora de sacudir nuestra idiosincrasia y habitual lentitud y pereza, se me ocurre á mi pensar: ¿habrá llegado el momento de que este artefacto, al parecer tan útil y necesario para nuestro ejército del Rif, se ensaye y se adopte si, como es de esperar el anuncio que de fuera nos hacen, corresponde á la realidad?

MANUEL BURGUETE
Comandante de Infantería

EL CARACTER EN EL ALTO MANDO, TAL COMO SE LE ENTIENDE EN FRANCIA

Las revistas técnicas y los escritores profesionales nos tienen acostumbrados, hace ya bastantes años, á predicarnos las excelencias de la instrucción en todas sus escalas y alcances, de lo que ha resultado la creencia general de que el ejército no debe ser más que una escuela técnica, vastísima, y que el triunfo será siempre patrimonio del saber y de la instrucción. Esta parece la panacea universal, y la verdad es que hay ejércitos en que ha llegado á un alto grado de desarrollo y que están tan orgullosos de ella que se creen invencibles y superiores á todos los demás.

Contamos entre los primeros, en lugar preferente, al ejército francés, en el cual la instrucción, más que el objetivo preferente de todos en tiempo de paz, constituye una completa obsesión.

Por nuestra parte, no hemos de oponernos, ni menos negar, las ventajas de la instrucción, pero siempre con la condición de que no absorba todas las energías de los directores del ejército y de los generales, jefes y oficiales.

El ejército significa ante todo y sobre todo acción; y la acción no es cualidad inherente al saber, sino al carácter y al amor de la responsabilidad. El exceso de instrucción—porque en ella como en todo hay exceso—tiene como consecuencia casi obligada el desarrollo del espíritu crítico, la aparición del pro y del contra, y en último término la vacilación y la timidez. Solo cuando esa instrucción está templada por la práctica y el carácter, puede rendir los frutos que de ella se esperan.

Pero la práctica no es solo la del tiempo de paz, donde el aprendizaje es fácil y no expone á contratiempos visibles, sino que ha de adquirirse principalmente en aquellas circunstancias extraordinarias que, por la responsabilidad directa que hace derivar de las órdenes del mando, se aproxima en cierto modo á las circunstancias de guerra.

Puestos frente á frente el saber y el carácter, representados por dos ejércitos enemigos, no sabemos la balanza de qué lado se inclinaria, aunque sospechamos que á la postre la ventaja sería para el segundo.

Hay que contar también que en nuestros tiempos no se concibe un carácter completamente falto de conocimientos, como tampoco existe un técnico ayuno en absoluto de carácter. De modo, que al hablar de dos cualidades tan diferentes entendemos que la comparación no implica que se excluyan, sino que predomine abiertamente la una sobre la otra.

En los ejércitos de nuestros días, hay dos que resumen y personifican el saber y el carácter. El ejército francés es el prototipo del instruido, de la máquina en que todo se supedita á la instrucción; el japonés era hasta

hace poco tiempo, y suponemos que continuará siéndolo, la representación genuina del caracter. El alemán viene á ser un término medio entre los otros dos.

Vemos en Francia que la nación y los hombres que la dirigen hacen los mayores esfuerzos en beneficio de la instrucción, dotando á la fuerza armada, con verdadera prodigalidad, de todos los elementos que pueden hacerle falta. Pero, al mismo tiempo, no solo no se estimula el caracter y el desarrollo del amor á la responsabilidad en el alto mando, sino que parece que se hace todo lo contrario, sin duda por el temor á que retoñe el imperialismo y en evitación de que adquiera demasiado prestigio la personalidad de algún general.

Precisamente en estos dias han ocurrido dos hechos que parecen insignificantes, aunque tienen un alcance grandísimo. Es el primero lo acontecido con las irregularidades de Uxda y las medidas adoptadas por el general Toutée contra unos funcionarios civiles. El territorio de Orán está en estado de guerra hace ya tiempo, por lo menos en la parte de él que linda con Marruecos, y desde luego se halla en dicho estado la porción de este último país que ha sido ocupada por los franceses en los últimos años. Al comandante general de las fuerzas militares francesas, sobre quien pesa una labor difícil, grave y de responsabilidad, se le exige el acierto en sus operaciones militares, íntimamente relacionadas con lo que se llama política de la guerra; y sin embargo, se pretende que su autoridad no alcanza á adoptar medidas contra funcionarios poco amantes de sus deberes y de las conveniencias de la República francesa, á pesar de que residen en territorio marroquí sujeto por completo al régimen militar. ¿Cómo es posible exigir más adelante que un general obre con la decisión y energía necesarias, y adopte determinaciones de las que pueden depender la vida de millares de hombres y el porvenir de una parte más ó menos grande del territorio nacional, si se le educa en la escuela á que han querido someter al general Toutée? No quiere esto decir que un general en jefe pueda hacer y deshacer á su antojo y sin miramientos; pero puesto que su cargo es preeminente, no han de restársele facultades y dejar que ejerza el mando con toda amplitud, á reserva de exigirle más tarde la responsabilidad que haya contraído.

Lo más grave del caso son los comentarios á que se ha entregado una parte de la prensa francesa, para la cual la gloria de la nación parece que no llega más allá de los estrechos límites de la mesa del poder ó de las conveniencias particulares. ¿Porqué, se ha llegado á apuntar, no se restablece la intervención del poder civil en todas aquellas funciones del mando militar que no se contraigan al aspecto técnico? No parece sino que nuestros vecinos del N. pretenden el restablecimiento de los famosos comisarios del tiempo de las guerras de la república, que tanto gusto dieron á los ejércitos enemigos.

El segundo hecho consiste en el relevo del general Robert. Este general venía ejerciendo el mando del 14.º cuerpo de ejército, y al expirar el plazo de tres años que tienen de duración esas funciones, si no las renueva el Gobierno, se le ha nombrado comandante de una simple división. El general no ha aceptado el nombramiento y ha quedado en situación de disponibilidad. Desde que se dictó la ley de 24 de julio de 1873, se ha venido renovando sin excepción el nombramiento de todos los comandantes de cuerpo de ejército, al término del reglamentario plazo de tres años, siendo el caso del general Robert el primero en que se aplica aquella facultad de la ley. No entraremos á dilucidar los fundamentos de la resolución adoptada, porque no se relacionan directamente con ningún punto de vista técnico; son cuestiones interiores en las que los franceses se entenderán como puedan.

Lo grave de la cosa, como en el incidente de Uxda, son los comentarios de la prensa francesa. Periódico hay que saca á colación una máxima del año 1788, que reza así: "Los empleos no se han hecho para los hombres, sino los hombres para los empleos. Solamente la práctica y la acción dan á conocer los hombres. Es, por consiguiente, necesario comenzar por *ensayar y probar* á los hombres, cualesquiera que sean, para poderles *emplear* con ventaja para el Estado y para sí mismos".

La teoría ó lo que sea no puede ser más disparatada. En el siglo XVIII, lo mismo que en épocas anteriores, los nombramientos no se hacían con las garantías de acierto de que hoy disponemos, y se admitía que los personajes de elevada posición social servían ó podían servir para todo. Hoy día la cosa ha cambiado radicalmente de aspecto, y no es posible admitir como cosa corriente y natural lo hecho con el general Robert, y mucho menos el descabellado axioma que precede. En realidad, el nombramiento de un comandante de cuerpo de ejército para el mando de una división, equivale á una deposición de empleo, y si esa deposición se justifica por la necesidad de probar á los hombres, la misma necesidad deberá alegarse para despojar de su grado á otro cualquiera general, jefe ú oficial. Sobre todo, hay que insistir de nuevo en que no se trata de una deposición motivada por asuntos exclusivamente técnicos, de modo que en realidad todo depende de la apreciación de la persona que en aquel momento ocupe el poder. ¡Es así como los franceses creen hacer ejército fuerte y respetable! Tendrán un instrumento, todo lo bueno que se quiera, pero no sabrán manejarlo, ni les servirá para gran cosa el día de la prueba decisiva.

A la cabeza de las fuerzas militares de un país hacen falta hombres de gran carácter, que no se dobleguen á las influencias de bandería y que procedan con independenciam y con sujeción exclusivamente á las leyes y á sus deberes. Pero si hoy por un motivo, mañana por otro, se cercena la independenciam del alto mando ¿podrá exigirsele que despliegue la iniciativa y la resolución tan indispensables para salvar á un país en caso de

guerra, precisamente cuando los que hombread en la paz están atemorizados y reclusos murmurando y delineando disparatados planes estratégicos en las mesas de los casinos y cafés?

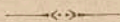
Muchas veces hemos insistido en que la instrucción del ejército debe ir acompañada y correr parejas con la educación militar; pues bien, la educación del generalato ha de consistir principalmente en desenvolver el carácter y la iniciativa, el gusto por la responsabilidad, que á todo trance quieren cortar los hombres que en Francia llevan la voz cantante.

Y como, por desgracia, no tarda en ponerse de moda entre nosotros todo lo que llega á adquirir algún crédito en la República del Norte, es conveniente que demos la voz de alarma contra las tendencias suicidas que de algún tiempo á esta parte se abren paso en aquella nación.

Repitamos que la instrucción es necesaria, pero que no basta, ni siquiera que es lo principal en el ejército; por lo menos, tan importante como ella es la educación. Para su época, nadie tan adelantado, ni instruido como el pueblo romano del último periodo; jamás nación alguna gozó de tanta prosperidad, bienestar y riqueza como la romana. Con todo, al primer impulso aventador de los bárbaros del norte, todo se derrocó y desapareció: era un coloso que tenía los pies de barro. Algo de esto le está sucediendo á Francia. Tiende cada día á crearse un ejército mercenario; cree que con entregar dinero, mucho dinero, lo ha hecho todo; se imagina que con el cultivo de la inteligencia, cultivo que requiere comodidades y desahogo, ha resuelto todos los problemas, y olvida que la guerra se ha hecho en todo tiempo con corazones bien templados y con almas grandes y vigorosas.

En conclusión, miremos cada vez con más prevención las teorías que vienen de Francia, sirena que trata de engañarse á sí misma, y que por lo tanto puede inducir á error á los demás.

EL CAPITÁN SUBRIO ESCÁPULA



LOS AEROPLANOS EN LA PRÁCTICA DE LA GUERRA

Después de lo mucho que se ha escrito sobre el empleo de los aeroplanos en la guerra, han sido éstos sometidos por vez primera á la verdadera sanción de la práctica, en la Tripolitania.

No se conocen todavía suficientes detalles de las exploraciones llevadas á cabo por los aviadores italianos, pero basta con lo que hasta ahora ha dicho la prensa, con autorización del Gobierno italiano, para formarse cargo de los hechos en su conjunto. Tal vez más adelante, cuando se dén á conocer oficialmente los trabajos de los aviadores del ejército italiano, se compongan y aderecen los hechos para que resulten más interesantes, con lo cual no se conocerá toda la verdad real, sino una verdad amañada

y sugestiva. No será ésta la primera vez que ocurre ese arreglo, ni será la última. Por este motivo, es conveniente sacar consecuencias generales de los hechos más culminantes de una guerra, antes de que las pensadas relaciones oficiales les den una interpretación determinada.

Dejando para otra ocasión, si hay lugar, el ocuparnos en el estudio de detalle del empleo de los aeroplanos en la guerra, según las enseñanzas de la que actualmente se libra entre Turquía é Italia, puédesse desde luego afirmar sin temor á error, que dichas máquinas voladoras se han utilizado al presente exclusivamente como órganos de exploración y reconocimiento á muy cortas distancias. Ese papel parecía en realidad más propio de los globos cautivos ó cometas, toda vez que ellos permiten una observación más detenida y constante y la continua comunicación con el cuartel general. Ciertamente es que los aeroplanos presentan menos blanco y son mucho menos visibles, pero estos defectos no eran de importancia porque los italianos ocupaban una posición defensiva, que conocían perfectamente los turcos; por consiguiente, no se imponía el abstenerse del empleo de globos cautivos para que su aparición no denunciase la presencia de tropas y su situación. Comparados los aeroplanos con los globos, desde el punto de vista de ese reconocimiento próximo, milita en favor de los segundos la circunstancia de abarcar sin pérdida de tiempo el sector más peligroso ó desconocido, pero en cambio presenta los inconvenientes ya mencionados, de ser más corto el tiempo de observación y no poderse comunicar con el cuartel general, y además, otro no menos importante: la dificultad, reconocida en tiempo de paz, de que el piloto se dedique á un reconocimiento y á una observación completamente eficaces y exactos.

Hay que tener en cuenta que el material necesario para elevar un globo cautivo es mucho más embarazoso y voluminoso que el que supone la existencia de dos ó tres aeroplanos, y en este concepto, bien está el experimento hecho por los italianos. No debe, empero, perderse de vista que la principal ventaja de los aeroplanos estriba en su movilidad y gran rapidez, de suerte, que cuando se haga preciso limitar el reconocimiento á una zona próxima al lugar que ocupa el ejército, con miras defensivas, será mucho mejor el empleo de los globos cometas.

Podría suceder también que los vuelos hasta ahora realizados no tengan otra finalidad que la de preparación para emprender más adelante otros largos, á grandes distancias, cuando el ejército invasor emprenda las operaciones de avance y se interne en la Tripolitania.

Por el momento, hemos de contraernos á sostener que el uso de los aeroplanos tal como ha tenido lugar no marca ningún progreso, antes al contrario, parece un falseamiento de la verdadera misión de dichos aparatos.

EL VALOR DEL ARMA BLANCA

IV.

(Conclusión)

El valor moral del arma blanca

El ataque es el método de combate más general; su objeto es destruir al enemigo, de donde se sigue que el principio del arma blanca es el origen del espíritu de ataque. Por otra parte, la principal causa de la victoria ó de la derrota está basada en la moral, axioma fundamental, independiente de los cambios que han ocurrido y ocurrirán en la táctica y en el perfeccionamiento de las armas.

¿Cuál es el espíritu del ataque? Es una combinación de un corazón patriótico y leal, de la confianza en sí mismo, de la energía, de la tenacidad, del valor, que hacen supeditar todo al deseo de destruir al enemigo á todo trance. Si el espíritu del ataque palpita en un ejército, el ataque nunca fracasa y la batalla jamás es perdida. Las fortificaciones semipermanentes construídas en Nan-Shan fueron tomadas en un día; cayó en nuestras manos la fortísima plaza de Port-Arthur; en compensación, los ataques del enemigo con fuerzas más que dobles sobre las nuestras en el Sha-ho, y su gran superioridad numérica en la batalla de Hei-ku-tai fueron rechazados y obtuvimos la victoria; la posición de Mukden, tenazmente defendida y protegida con grandes obras de defensa, cayó de un golpe. En todos estos casos el éxito de nuestras armas se debió al espíritu de ataque.

Contemplando lo que hizo el ejército ruso, vemos que hizo grandísimo uso de la pala y siempre que hubo ocasión excavó trincheras, que se trocaron en sus propias tumbas, construyó alambradas, talas, minas terrestres, y perdió en cambio la oportunidad para librar contraataques. En resumen, los rusos quedaban cogidos, como apresados, en sus propias redes.

El espíritu de ataque es el que domina y reina sobre los campos de batalla; porque es indudable que ni las ventajas de la posición, ni las del número, ni las del uso de las armas pueden prevalecer sobre aquél. Y podemos afirmar que este espíritu del ataque que engendra tan admirables consecuencias, dimana directamente del espíritu del arma blanca. En otras palabras:

Una firme determinación, un avance resuelto, un enérgico ataque al arma blanca, son el espíritu del ataque.

El sacrificio voluntario de la vida es necesario para el uso del arma blanca.

El espíritu de ataque es la principal característica del ejército japonés. El principio del arma blanca es el fundamento del espíritu de ataque. El arma blanca aumenta indirectamente el efecto del fuego. La abso-

luta tranquilidad, la calma, la firmeza, la serenidad en medio de los peligros y terribles condiciones en que se desenvuelve la batalla, son los elementos necesarios para el pleno efecto del fuego. Estas cualidades se obtienen de la educación en el combate al arma blanca. Las armas de fuego son más perfectas cada vez, pero al mismo tiempo el sistema nervioso de los hombres es más sensible á medida que avanza el tiempo. Puede decirse que el efecto actual de las armas de fuego está en razón inversa de sus perfeccionamientos mecánicos. Para remediar esta grave eventualidad ha de acudirse necesariamente al efecto moral del arma blanca.

Durante una batalla hay ocasiones en que se producen crisis inesperadas, como el verse rodeado por el enemigo, consumirse todas las municiones, etc. Pero por crítica que sea la situación, el ejército que está acostumbrado á la idea de arrojarse al arma blanca contra el enemigo, nunca desesperará, ni perderá la confianza en sí mismo, sino que al contrario sentirá crecer su ardimiento á medida que aumente el peligro, porque se irá acercando la ocasión de medir sus bayonetas con el adversario.

El espíritu de la ofensiva, que no es otra cosa que el espíritu del arma blanca, es lo que distingue al ejército japonés de todos los demás del mundo. Siempre que los rusos asumieron la ofensiva, concluyeron retirándose, porque les faltó resolución y atendían demasiado á su propia seguridad. Un oficial alemán que en cierta ocasión visitó nuestra Escuela de Toyama, presencié algunos ejercicios con la bayoneta; al principio habló de la importancia del arma blanca, pero finalmente se mostró algo cansado de aquellos ejercicios y dijo: "Aunque éste es indudablemente un excelente método de guerra, no comprendo que se le conceda tanta importancia." Estas palabras prueban que hay una gran diferencia entre las ideas de los pueblos occidentales y las de Japón sobre el uso del arma blanca.

La organización de nuestro ejército, y las armas que emplea, han sido copiadas de Europa, pero las ideas que sirven de fundamento al ejército, es decir, todo lo que no es elemento material, es esencialmente propio de nuestro pueblo. Los métodos y principios de guerra han de ser edificados sobre la constitución nacional del pueblo y sobre sus características especiales. El principio del arma blanca es la estrella que sirve de guía á nuestro ejército Imperial.

La tendencia hoy general es obtener grandes resultados con el mínimo de trabajo y de tiempo, por medio del aumento de la potencia de las máquinas y la economía del esfuerzo humano.

Pero seguimos esta máxima, concederemos importancia á muchas cosas que en realidad son insignificantes, y en compensación descuidaremos otras de interés capital. Numerosos ejemplos podrían citarse de casos en que por perseguir la teoría se ha descuidado la práctica, en nuestro tiempo.

En los países civilizados se suele decir: "Hoy el mundo es un mundo mecánico". Y los militares de esos mismos países acostumbran á decir: "Hoy, una batalla es una batalla de máquinas." Esto no es verdad más que hasta cierto punto: el origen de las máquinas es la fuerza, pero el origen de la fuerza es el hombre.

Si no se hace uso del poder humano, ninguna máquina desarrollará fuerza. Consideremos los soberbios fusiles actuales; para manejar convenientemente esas armas entre los peligros del combate se necesita serenidad y valor. Si de dos ejércitos, el uno posee excelentes máquinas, pero el otro se vale de la fuerza humana, no hay duda que este último obtendrá la victoria.

Como dijo Rai Sanyo, "la victoria en la batalla no depende de las armas, sino de los hombres que las manejan". Este aforismo será siempre de actualidad, cualesquiera que sean los cambios que ocurran en el mundo. La llama de civilización debilita la moral de los hombres, haciéndoles solícitos de sus propias vidas y sensibles á la efusión de sangre. En prueba de esta aserción, nos basta recordar los principios antimilitaristas y las predicaciones en favor de la paz universal que ahora se extienden por Europa y América, diametralmente opuestos al principio del arma blanca, que se basa en el olvido de sí mismo.

"Aunque yo caiga debo causar mal al enemigo, si consigo lastimarlo, podré conservar mi vida aun bajo la punta de su espada", y "Si quiero conservar mi vida debo arriesgarla", según dice Sung-tzu. El principio de las armas de fuego es otro: enseña que debe uno protegerse á sí mismo al mismo tiempo que ofender al enemigo, de modo que está basado en el principio de la propia conservación y de la salvación personal. De aquí se deduce que un pueblo que se haya debilitado por la civilización fundamentará su método de combate en las armas de fuego, pero aunque deje en segundo lugar el arma blanca, lo cierto es que ésta conservará toda su importancia.

A medida que se desarrolla la inteligencia humana, sus nervios se hacen más sensibles, y su vitalidad y su inteligencia disminuyen en presencia de los grandes peligros. En esas circunstancias, es imposible que haga el debido uso de las armas de fuego. Por perfecto que sea el fusil, no se puede obtener todo su efecto á menos que la mano, la vista y el corazón sean igualmente perfectos.

Como el mundo estará cada vez más civilizado á despecho de todos los argumentos en contrario, recomiendo á mis compatriotas no pierdan la fe en el valor del arma blanca, sino que tengan en ella una confianza siempre en aumento.

(Del *Journal of the Royal United Service Institution*)



EL ENLACE DE LAS ARMAS SOBRE EL CAMPO DE BATALLA

Diferentes modos de enlace táctico de las armas

Para obtener la comunidad de acción en el combate, los tácticos han preconizado diferentes soluciones que derivan siempre del deseo de fijar reglas para el empleo concertado de las varias armas, en el tiempo y en el espacio. Se ha recomendado sucesivamente: 1.º la defensiva pura; 2.º la defensiva activa ú ofensiva; 3.º la ofensiva esquemática, con la subdivisión en fases y la lucha de arma contra arma; 4.º la batalla paralela.

1.º Los apóstoles de la defensiva pura evocan la idea de una posición inexpugnable en la que se apoyan; teniendo á su frente una zona peligrosa que cubrirán de proyectiles, esperan, por la intensidad de los fuegos, inflingir al enemigo pérdidas lo bastante grandes para obligarle á la retirada. Dicho de otro modo pretenden erigir un dique contra el cual se estrellará el asaltante. En este concepto, el concierto de las armas se obtendrá á priori por la disposición de las tropas sobre el terreno.

2.º La defensa activa ú ofensiva quiere limitar la extensión del orden de batalla por la preparación previa de un frente elegido, al objeto de obligar al adversario á gastar sus fuerzas, según los planes preconcebidos del defensor; después aprovechar éste la debilidad material y moral, para empeñarse en contra ofensiva y acabar de conquistar la victoria. La unión de las armas se consigue, como en la defensiva pura, por la ocupación y organización del terreno y, además por la elección previa de los campos de acción respectivos, demostrativo y ofensivo.

3.º El desarrollo esquemático de la batalla tiende á reglamentar la colaboración de las armas, según un concepto cerrado de la lucha, según tipos normales, en los que cada ejecutante conozca bien las funciones que debe llenar, y el comandante en jefe se vea libre de la preocupación del enlace de las unidades y de las armas, puesto que estará asegurado por la instrucción y la educación de los jefes subordinados. Cierta número de preceptos y de fórmulas deben permitir prever las soluciones adecuadas á las diferentes especies de combates y encuentros.

4.º En la batalla paralela se espera obtener la victoria haciendo que el enemigo se quebrante poco á poco, mediante el empleo en todo el frente de reservas parciales. La decisión será buscada por el rodeo de un ala, dejada á las previsiones anteriores de la estrategia. El resultado se obtendrá por la suma de esfuerzos separados de las unidades y de las armas, acciones en las cuales el comandante en jefe no intervendrá. Se limitará el jefe á empeñar en tiempo oportuno las masas de que disponga y esperar; arrojará las olas sucesivas que por su erosión continua acabarán por romper las líneas adversarias en un punto cualquiera. A fin de asegurar la cooperación de las armas, se dejará á las autoridades jerárquicas el ejer-

cicio de una iniciativa y de una autonomía completas, con misión de perseguir, en sus sectores respectivos, la conquista de un éxito que será aprovechado en el acto, por una especie de contagio hasta alcanzar el triunfo.

El tratar de encontrar un procedimiento que permita suprimir la necesidad del enlace de las armas, ó bien obtener éste automáticamente, obedece á un impulso del espíritu humano, que se vuelve instintivamente hacia la defensiva, hacia la reglamentación esquemática. Esto resulta:

1.º de la falta de confianza del soldado, sobre todo en el de la nación en armas y de corto tiempo de servicio; 2.º del excecpticismo que se siente sobre la posibilidad, en el mando, de conducir ataques de frente ó rodeos de ala en el campo táctico; 3.º de la posibilidad que se niega á los jefes subordinados de dirigir á sus tropas bajo el huracán de fuego que se lance el enemigo, y de hacer converger los esfuerzos de las armas hacia el acto decisivo que desea el generalísimo.

No podrá haber enlace de las armas, de las tropas, más que allí donde el mando, en los diversos grados de la jerarquía, se ejercite en la plenitud de su poder, de sus facultades, para coordinar el juego de sus instrumentos de combate los actos de la batalla, según el plan adoptado y cuya ejecución debe ser perseguida con aquella voluntad y tenacidad que son las mejores garantías del éxito.

La variación incesante de los elementos materiales y psíquicos que caracterizan los combates, obliga á rechazar toda fórmula, todo esquema y sugiere la necesidad de habituar los cerebros á esta idea fecunda, que la lucha creará cada día, cada hora, situaciones nuevas que hay que desenlazar en el campo de batalla, no por analogías mnemónicas, sino por determinaciones circunstanciales basadas en el conocimiento y el juicio, y servidas por una vigorosa energía en la decisión. La asociación de las propiedades de las armas, la táctica, en una palabra, es obra del mando, de resoluciones y no de recetas.

El concepto de la batalla y el papel general de las armas

¿Cuál es el concepto de la batalla que resuelve más racionalmente el problema del enlace de las armas?

La batalla no puede subdividirse en varias fases, pero cabe distinguir en su evolución tres periodos: 1.º el primero es el de los reconocimientos, aquel durante el cual el comandante acaba la elaboración del plan de batalla; 2.º viene después el combate de preparación que tiene por objeto empeñar las tropas y ejecutar el plan de combate; 3.º el último es el desenlace, el ataque decisivo, para completar la destrucción material y moral

del adversario, en un punto elegido del frente de operaciones: es la conquista de la victoria. La explotación de la victoria constituye la persecución.

Esta subdivisión en periodos no es arbitraria; es independiente de las condiciones de lugar y tiempo, del método de combate y de las armas empleadas. Por consiguiente, debe estudiarse la batalla según este concepto, así como la cooperación de las armas, para permitir la consecución de los objetivos del mando, por los tres actos que corresponden al reconocimiento, empeño y lucha decisiva.

En cada período, el desarrollo de la acción variará evidentemente con todos los factores que pueden influir en las luchas de esta clase: número, moral, y composición de las tropas, terreno, armamento, medios que la ciencia y la industria pongan a disposición de los ejércitos; pero en la sucesión de los esfuerzos materiales y morales, que impone, la batalla es invariable.

La importancia de cada arma tiene un valor absoluto que depende de sus propiedades, y un valor relativo que resulta del género de combinaciones tácticas y de los incidentes que las caracterizan. Desde el punto de vista absoluto, la infantería es el arma principal, á decir verdad, en el ejército; las otras armas tienen por único cometido ayudarla y sostenerla en todas las ocasiones.

La infantería es la que lleva el combate; la que gana y pierde las batallas, la que ataca y defiende las plazas; la que pone simultáneamente en acción los dos métodos de combate: el fuego y el choque.

La caballería no dispone más que del choque y secundariamente del fuego.

La artillería no utiliza más que el fuego.

Los ingenieros contribuyen á la organización de los puntos de apoyo y al ataque de las posiciones atrincheradas.

En muchas circunstancias, ó durante ciertas fases de las operaciones, el papel de un arma determinada puede ser preponderante. Pero no pueden trabajar separadamente, porque constituyen en realidad los miembros de un cuerpo único; no son más que los útiles de que se sirve el comandante para realizar sus deseos y llegar á la victoria.

Es indispensable que todo oficial esté imbuido en esta idea; de lo contrario tiende hacia el cisma, hacia la heregía, representadas por el particularismo de las armas; no dará á las armas hermanas el concurso apetecido y ayudará á tejer una de las múltiples mallas de esa red de descabros que engendran la derrota.

El papel de la artillería en el combate

La adopción general del cañón de tiro rápido, cuyos efectos son muy grandes, ha creado una viva corriente de ideas; un sentimiento de inquietud ha ganado á los tácticos ante la aparición de una indeterminada que turba la concordia de acción de las armas frente á máquinas nuevas; la artillería que ya aspiraba á ocupar un lugar preferente en el combate, tiende á tomar un rango preponderante.

Para desarrollar la batalla se tiende á confiar al cañón todos los cometidos y con este objeto se imagina: baterías de infantería y contrabaterías; baterías reservadas y de vigilancia, de desgaste, de neutralización, de contraataque, de protección y de flanco; baterías de brecha ó de destrucción; baterías de cebo, fantasmas, simuladas.

Cada agrupación de la artillería, cada batería debería recibir un destino particular implicando la unidad de misión, mientras que bajo la protección de esa armadura de hierro, la infantería podría moverse con toda libertad, aprovechando los obstáculos del terreno, apoyada por el cañón de las baterías de infantería, garantizada del tiro de las baterías enemigas por el fuego de las contrabaterías.

En el momento oportuno se haría brecha en la línea de combate adversaria, á fin de permitir al armá principal decidir la victoria, con una facilidad relativa dimanante de la pérdida de artillería enemiga.

El medio más sencillo de utilizar las preciosas facultades de la artillería consistiría, según se dice, en encomendar á cada batería empeñada una zona determinada de vigilancia, en la que por los puntos de referencia del terreno se pudiera destruir instantáneamente toda tropa que penetrara en el sector peligroso. Se practicaría en grande escala, casi exclusivamente, el tiro sobre zonas, que, con los elementos de un fuego preparado, procuraría la posibilidad de cubrir en un corto tiempo con una lluvia de proyectiles toda la porción del terreno en la que se señalara la aparición de un objetivo.

Segun esta teoría, la artillería sería el verdadero eje del combate. Todavía incumbiría á la infantería una misión importante, pero relativamente auxiliar, y relegaría á la caballería fuera del campo del combate. En cuanto á los ingenieros, transformarían, con ayuda de las tropas, todas las posiciones ocupadas en un verdadero campo atrincherado.

El concepto de este método de zonas inherente á la batalla paralela, en el que los capitanes de artillería desempeñarían el papel principal, ha sido puesto en fórmula de un modo tan claro, que el general Percin, el reputado autor de trabajos de tiro y de táctica, la ha citado textualmente en su obra sobre "La maniobra de Lorlanges".

“El enlace táctico no puede resultar más que del hecho de que la vigilancia de la zona de ataque haya sido repartida de tal modo que, cualquiera que sea el punto de esa zona en que aparezca una tropa enemiga, aunque solo alce la cabeza, una ó varias baterías la batan enseguida con fuego eficaz. Y esto equivale á decir que, para estar seguro de poder tener en un momento cualquiera el enlace de las armas, es necesario y suficiente que las baterías estén ejercitadas, tan completamente como sea posible, en el tiro sobre zonas acotadas“.

El General Percin juzga en los siguientes términos este método:

“Parece admitir que el frente enemigo está constituido por una línea (de defensa) continua, especie de muralla de la China que es menester hundir en todas partes.....

“De otra parte la determinación de los objetivos á batir no es de la incumbencia de la artillería, sino que pertenece al comandante de las tropas dar al comandante de la artillería las indicaciones necesarias.

“A este enlace por arriba, basado en una sucesión de informes positivos, el método de zonas tiene la pretensión de substituir una vigilancia del terreno y un conocimiento de la situación que permitan al artillero adivinar los objetivos del ataque. Las dos armas llevarían así sus esfuerzos paralelamente en el combate.

“Los hechos se encargaron en Lorlanges de condenar definitivamente este método de zonas, que equivale á la descentralización sistemática, suprime todo enlace por arriba y deja el enlace por abajo á la inspiración y á la fantasía de los ejecutantes engendrando el desorden y el caos“.

“En razón de mi edad y de mi grado—dice aun el general Percin—he tenido numerosas ocasiones de ejercer las funciones de árbitro ó de director de ejercicio. He comprobado que cuando se pregunta á una batería ¿Sobre quién tiráis? ¿Qué tropa apoyáis?, y á esa tropa “¿A quién atacáis? ¿Dónde está la artillería que os apoya?“ lo más á menudo se obtienen respuestas nulas ó contradictorias. Una vez de cada dos, acaso dos de cada tres, el cañón no tira contra quien convendría. Mientras la artillería trata de adivinar las necesidades del arma hermana, no pasará de ser un arma vecina y como una especie de margen en en el combate, pese á sus mejores deseos“.

En la maniobra de Lorlanges, el 13.º Cuerpo, provisto de toda su artillería, ó sea 23 baterías, efectuó operaciones con tiro real contra un enemigo figurado representando un división con 16 baterías.

De 102 tiros ejecutados en una jornada, 43 resultaron inútiles, estériles, batiendo objetivos que nadie atacaba; 5 fueron dirigidos contra tropas amigas; sólo 54 fueron útiles, aquellos en donde el comandante de las grandes unidades y los jefes de artillería se habían puesto de acuerdo.

A este propósito dice el General Percin: “Estoy persuadido que si se

analizara con el mismo cuidado las operaciones de las baterías en las maniobras, el rendimiento de la artillería parecería aun menor“.

En una división seis baterías recibieron el encargo de apoyar á la infantería. Efectuaron 8 tiros, de los cuales solamente 1 respondió á las intenciones del comandante; 2 fueron inútiles y 5 ejecutados contra tropas amigas.

Dice sobre esto el General Percin: “He aquí lo que se gana desplegando la artillería antes que las misiones estén completamente definidas, atribuyendo á cada grupo una zona de ataque, dejando á las baterías el cuidado de elegir sus objetivos en su zona de vigilancia, contando en fin con ese enlace de vistas que ciertos oficiales consideran como el único realizable y eficaz“.

De estas consideraciones y conclusiones resulta que á menudo nos contentamos con palabras, creyendo que ellas podrían reemplazar á las soluciones; se ha querido atribuir á la artillería un papel activo en el campo de batalla, es decir, un papel autónomo de vigilancia, de desgaste, de neutralización, de destrucción, como á la infantería y caballería. Se ha perdido de vista que esas misiones no son ni pueden ser otra cosa que cometidos temporales, cuya utilidad y la razón de ser dependen directamente de las necesidades de las otras armas y en relación inmediata con ellas.

La artillería tiene una labor extensa, de una importancia eminente; su potencia de destrucción y, sobre todo, su influencia moral, aun á las grandes distancias son considerables, su masa y su estabilidad la hacen el auxiliar más precioso de las armas hermanas. Pero, en la defensiva como en la ofensiva, cada vez que la artillería no preste un servicio concreto, constante, á su infantería, ó á su caballería, según el caso, faltará á su deber.

La artillería no puede desconocer que no pone en obra más que el fuego, y que aparte de éste no tiene ningún valor, defensivo ni ofensivo, y que la distribución de las misiones que ha de cumplir incumbe al mando.

La descomposición de la artillería en baterías de todas clases, correspondiendo á una idea preconcebida, á cometidos permanentes, equivale á substituir el reparto á la misión, la posición al empleo, la dispersión á la concentración, y se traduce en la negación del enlace de las armas.

(Continuará)

A. COLLON
Comandante de la artillería belga,
adjunto de Estado Mayor